

## LO FUNDAMENTAL ES EL CARÁCTER<sup>60</sup>

Artistas, literatos, hombres de ciencia, eruditos, sabios de laboratorio los tenemos en México en igual o mayor proporción de calidad semejante o superior, a los de otros países. En universidades hemos sido los primeros en crearlas y en poseerlas, por lo que hace a la América, y ha habido épocas en que nuestra Casa de Estudios fue la más notable del Continente.

Y sin embargo, a pesar de las solidez y de la amplitud de nuestra cultura científica, nos hemos mantenido atrasados, muy atrasados en el terreno de los hechos. La miseria y la zozobra, el raquitismo en lo económico y la demagogia o la anarquía en lo político, han sido durante siglos las condiciones de nuestra existencia; en tanto que a nuestros poderosos vecinos les bastaron cincuenta u ochenta años de régimen autónomo para levantarse a una altura pocas veces vista en el curso de la historia.

La Argentina y el Brasil nos han dejado también muy atrás, en muchos y diversos sentidos.

En México, el desarrollo general del país en lo económico y en lo moral no ha correspondido en manera alguna al lujo, a la esplendidez, al derroche de cultura científica, que en ocasiones hemos desplegado.

¿A qué se debe esta antinomia, este penoso contraste?

Por mi parte no me cansaré de repetirlo: uno de los motivos, y no el más despreciable, radica en que carecemos de hombres de acción, en el alto y noble sentido de esta palabra; o no los poseemos en cantidad suficiente.

Y sin embargo, lo fundamental en la vida —en esta vida terrena— es la voluntad, es el CARÁCTER, es la acción; no el ensueño artístico, ni tampoco las galas de la erudición y de la ciencia.

Emerson —encarnación del espíritu práctico, que no por eso desdeñaba lo trascendente—, hermosamente decía: lo único formable que hay en el Universo, es la voluntad.

60 El Universal, 2 de septiembre de 1942.

La voluntad, en efecto, es lo que mayor trascendencia práctica reviste, como que es la que establece el contacto y el vínculo, la relación de causa a efecto, entre el hombre y el mundo que lo rodea. Es lo que permite actuar sobre lo externo (sociedad o naturaleza, familia, municipio o nación), para perfeccionarlo y rejuvenecerlo, o bien para modificarlo en el opuesto sentido de la degeneración o de la decadencia.

La inteligencia es sólo un instrumento, un medio, una simple arma, puesta al servicio de la voluntad.

Esta última es la que modifica y crea, la que traduce en hechos y en situaciones reales y tangibles los pensamientos y las concepciones teóricas, los deseos, los propósitos y los simples anhelos. Todo quedaría encerrado en el cerebro —sentimientos e ideas— si no viniera la acción a hacerlos encarnar en realidades.

Claro que todo surge, todo se inicia en una concepción, en una idea, en un pensamiento o en un impulso volitivo; pero todo se quedaría a la mitad, sin dar fruto ni convertirse en el hecho positivo y creador si faltase la voluntad, única capaz de hacer pasar las percepciones del intelecto y los ímpetus del corazón a la categoría de actos con realidad objetiva.

La voluntad, aplicada a los hombres y a las cosas, es la que mueve la vida; la que la perfecciona o embellece o la afea y la desgarra. Ella es la facultad creadora, la que obra sobre lo externo, la que convierte en presas de vida o en prácticas realizaciones, lo que él “yo” interno se limita a sugerir o a indicar.

Sin ella, sin la voluntad, todo queda reducido a bosquejos, a bocetos, y en verdad a menos que eso: a simples ensueños, a proyectos puramente pensados, a iniciativas en simple conato, a meros propósitos o buenos deseos, que no pasan de la esfera de la fantasía, del mundo ficticio de la imaginación o del campo especulativo de la mente.

El hombre se hace sentir en el mundo únicamente a través de su voluntad y de su fuerza de acción.

“AGERE, NON LOQUI”; “obrar, no platicar” —exclamaba la antigua sabiduría; “FAITE, E NON PARLATE” —repetía siglos después la enérgica caridad franciscana. “Predicar con el ejemplo” —ha dicho siempre el cristianismo con su inagotable impulso dinámico.

“Obras son amores, y no buenas razones” —ratifica el buen sentido popular—. “El infierno está empedrado de buenas intenciones”; “Las palabras son hembras y los hechos son machos”; repite como un eco la experiencia, cien veces herida o burlada de nuestro pueblo humilde, que

reacio o incrédulo para las promesas, para los programas y para las teorías, sólo se cree en lo que ve y en lo que palpa.

Por eso las multitudes, en donde se amontonan la experiencia y el dolor de los siglos, guardan su admiración y su gratitud, no tanto para los sabios o los teóricos, sino para los héroes, para los hombres de acción y de sacrificio, que dejando jirones de energías sobre la ruta que recorren, han vencido dificultades, aplastando resistencias, corregido abusos o hecho expirar crímenes, a fuerza de denuedo, de intrepidez, de perseverancia y de resolución inquebrantable.

La inteligencia —tengo que repetirlo una vez más— sólo es un instrumento. Lo que da la orientación, es la conciencia (la conciencia moral, por supuesto, la que distingue entre lo bueno y lo malo).

“Letras sin virtud —decía don Miguel de Cervantes— son perlas en el muladar.”

Lo que de hecho impulsa a la acción, es el sentimiento, son los estados emotivos, son las influencias pasionales: propensión a la caridad o al egoísmo; amor a los demás, o feroz culto de sí propio; vicio o virtud, crueldad o misericordia, impulso generoso y fraternal —heroico, a las veces—, o brutal inclinación al placer, a la dominación, al hedonismo, al ávido e incesante goce de los bienes materiales y la satisfacción de los bajos apetitos del cuerpo o de los antisociales mandatos de la ambición, de la soberbia, de ese satánico orgullo que quisiera ver el mundo de rodillas a sus plantas.

Educar la voluntad consiste en reprimir esas bajas pasiones, en ahogar en su cuna esos antisociales fermentos, en impedir que en los educandos hagan irrupción los apetitos y las concupiscencias, y sin freno se desarrollem y tomen curso la codicia insaciable, la sed rabiosa de placeres, la ambición sin medida y sin límites, de modo fatal conducen a la lucha de todos contra todos, a sangrientos y continuos conflictos internos, o a catástrofes mundiales, aterradoras y apocalípticas, como las que estamos presenciando.

Cristo el Maestro de la Verdad redujo el deber, la moral y la virtud a dos únicos mandamientos: amar a Dios y amar al prójimo; pero ello ha de ser con fuerza tal que el amor se traduzca en hechos.

La moderna filosofía comunista nos ha enseñado a odiar al que tiene un peso más que nosotros, y los sistemas nazifascistas, a odiar con toda el alma a aquellos que pertenecen a una raza o a una nación distinta de la nuestra.

Enseñemos y practiquemos en América —en la joven América, que es apenas de ayer y no tiene las lacras de la Europa carcomida o del Asia vetusta—: enseñemos y practiquemos aquí la doctrina del amor, de la acción

generosa y efectiva, que ayuda, protege y levanta a los demás. Que con los demás comparte el dolor y lo alivia.

Junto a la ciencia, que no hace más que nutrir al intelecto, seco y frío; difundamos la savia de la moral, de la justicia y del amor —entendidos a la manera cristiana—, que son las únicas corrientes que pueden fecundar el corazón, ennoblecero, y apartar al mundo de la pendiente del desastre.

Inculquemos al niño y al joven, en el hogar y en la escuela, un espíritu de moral, de justicia, de austeridad y de misericordia que derrame sobre las generaciones del porvenir, torrentes de progreso, de bondad y de luz.

Y para ello, fortifiquemos la voluntad, formemos el carácter de los mexicanos, para que compitan en la acción, en la rectitud y en la perseverancia, con los mejores y más vigorosos pueblos del juvenil Continente Americano.